

Nostalgia. Sobre el origen y el nombre de una patología sentimental

Nostalgia. On the Origin and Naming of a Sentimental Pathology

DIEGO S. GARROCHO*

A Julio A. Pardos

RESUMEN. En el presente artículo intentaremos exponer un análisis filosófico del cuño y posterior desarrollo de una patología que, con el paso del tiempo sirvió para denominar una experiencia sentimental capital en la Modernidad tardía: la nostalgia. Si el mundo antiguo se concentró en el estudio y diagnóstico de una vivencia próxima como es la melancolía, la nostalgia irrumpió en los manuales de medicina moderna como una dolencia híbrida entre el error moral y el defecto corporal. Su asimilación paulatina arraigó en una experiencia específica de la temporalidad provista de importantes connotaciones epistemológicas, políticas y existenciales. A lo largo de este estudio revisaremos algunos hitos fundamentales en el establecimiento de las condiciones históricas, sociales, culturales y vivenciales de esta experiencia sentimental y trazaremos algunas conexiones con aquellas referencias clásicas que preludivieron su diagnóstico y terapia. Finalmente describiremos el modo en que esta singular vivencia adquirió un protagonismo específico en el mundo contemporáneo llegando

incluso a plantearse como una disposición anímica central en la literatura filosófica.

Palabras clave: nostalgia; pasado; dolor; memoria; olvido.

ABSTRACT. The aim of this paper is to expose a philosophical analysis of the type and development of a disease that, over time, became a capital sentimental experience in Late Modernity: nostalgia. While the Ancient World concentrated on the study and diagnosis of a close disease like melancholy, nostalgia burst into medical manuals as a hybrid pathology between moral error and bodily defect. Its gradual assimilation rooted in a specific experience of temporality with important epistemological, political and existential connotations. Throughout this study we set out some fundamental milestones in the establishment of the conditions of possibility of this sentimental experience and we draw some connections with classic references that preluded its diagnosis and the therapy. Nostalgia not only has

* diego.garrocho@uam.es ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0003-0313-7638>.

been acquiring a specific centrality in the contemporary world, but it has also been highlighted as a central experience in philosophical literature.

1. De la palabra a la cosa (y viceversa)

Existe una vieja distinción que tal vez siga siendo útil. Cuentan que, como tantas veces, con el oído siempre atento al legado aristotélico, los filósofos medievales distinguieron entre el conocimiento de la cosa y el de las palabras para advertir una distancia existente, y quien sabe si salvable, entre aquello que denominaron *quid nominis* y aquel otro extremo signado como *quid rei*. Así lo precisaba Tomás Cayetano en su célebre comentario a *De ente et essentia* de aquel otro gran Tomás, el de Aquino, para advertirnos que conocer el *quid nominis* no es más –pero tampoco menos– que conocer a qué se refiere un nombre en tanto que signo. Por el contrario, desentrañar el *quid rei* requeriría conocer lo que pertenece a la cosa en virtud de su propia esencia¹. La distinción no es, desde luego novedosa y no es extraño reconocer la línea existente, al menos, entre Aristóteles y Foucault, para recordarnos que algún día habremos de resolver de una vez por todas el vínculo tensional que ata y enfrenta a las *palabras* y las *cosas*. Permítanme postergar semejante *gigantomaquia* en la que tantas personas de talento e ingenio fracasaron. Y es que, por más que Platón dijese que los filósofos están enamorados de la verdad y de las cosas que *son*, puede que el “ser” al que apuntaba el filósofo ateniense deba aguardarnos una vez más. Así, mitad táctica, mitad estrategia, es probable que el acceso al

Key words: Nostalgia; Past; Pain; Memory; Oblivion.

problema (que casi siempre es uno y el mismo) pueda derivarse por los derroteros del lenguaje para emprender el examen de aquello que nos es más próximo que el ser mismo². Les hablo, naturalmente, del estudio de las palabras, un estudio excitado por un amor que se retiene en el nombre que ampara a todos los filólogos, y que me servirá para comenzar a escribir, precisamente, acerca de una palabra extraña.

Esa palabra, signo y avance de al menos la posibilidad de una experiencia, es la palabra *nostalgia*. Una nostalgia que, para cualquier entendedor tentado por trazar de nuevo el juego de la etimología, parecería conducirnos necesariamente a la Antigua Grecia. No es preciso invertir grandes esfuerzos para distinguir el eco que en su enunciación nos remite dos conceptos seminales de nuestra tradición. Ahí están, compactados por la juntura que nos devuelve un neologismo que es sin embargo arcaizante. Del *nóstos*, vocablo griego que podríamos traducir como “regreso”, todos supimos por aquel poema antiguo que comenzaba invocando a una musa para que le narrara la aventura de aquel “varón que en su largo extravío (...) conoció las ciudades y el genio de innumerables gentes”³. Les hablo, naturalmente, de Ulises, quien tras arrasar el alcázar sagrado de Troya tuvo que vagar durante diez años hasta regresar a su casa y con su amada. Junto al *nóstos*, la palabra “nostalgia” vino a ceñir el regreso con el dolor, pues es precisamente el dolor referido al cuerpo el que se consigna con el término

álgos, al describirse, en el otro poema, la herida que Anfitríon infligió a Hera al atravesarle el pecho con una tridentada saeta⁴. Dolor y regreso, *álgos* y *nóstos*, vinieron a emparentarse en la nostalgia para devolvemos una palabra plurívoca, como todas, que nos invita aventurar distintas derivas semánticas: el dolor que regresa, el regreso del dolor, un dolor por aquello que regresa... o tal vez el específico dolor por no poder regresar allí donde un día y con quienes, también un día, habitamos o creímos habitar.

Prometí exponer la extrañeza y, por qué no decirlo, también la extranjería de una palabra que signa una experiencia no menos extraña. Esa doble partida, la del nombrar y el vivir –y a distinguir la diferencia de estos dos extremos podríamos consagrar no pocos esfuerzos– nos recuerda que siempre será más accesible experimentar aquello para lo que inventamos y guardamos un nombre. La propia acción del nombrar es ya en sí misma una experiencia nostálgica por lo que contra Aristóteles diremos que el nombre lo es preferentemente siempre en forma vocativa⁵. El que nombra –e incluso cabría pensar, el que signa– *invoca*, convoca y representa, esto es, trae a presente aquello que un día existió o fabuló y que tal vez ahora sólo pueda decirse en forma de lenguaje. Es bello, sin embargo, reconocer la nostalgia antes de que esta existiera y así se expresa en tantas ocasiones en la literatura. Desde Gilgamesh hasta nuestros días. ¿No es, pues, una nostalgia la que inspiró el ánimo del héroe en la *Odisea* hasta hacerlo capaz de sortear innumerables trampas en su regreso? ¿No es así, también nostalgia, lo que parecía sentir

Platón al recordar aquel otro mundo desprovisto de imperfecciones y corrupción? Parece claro, también, que algo cercano a la nostalgia debió sentir el escribano de aquel Salmo en el que se nos recuerda: “Jerusalén, si algún día te olvidó, que me olvide mi mano derecha”⁶. Para poder concluir si fueron o no aquellas vivencias algo próximo a la experiencia o a la dolencia nostálgica, se hará imprescindible recorrer los accidentes que inspiraron el cuño de aquella palabra y que quisieron prolongar la supervivencia de aquel término accidentado.

2. El origen de un nombre

La experiencia innombrable e innombrada se convirtió en palabra mucho tiempo después, una palabra que, como otras, surgió en un contexto clínico para extender su uso más allá de los márgenes de la ciencia médica. Si Platón describió la filosofía como una terapia del alma, quizá no sea casual que Johannes Hofer, el joven aspirante a médico que inventó el término, naciera en una familia de pastores protestantes dando alcance a la antigua y doble vocación de procurar a un tiempo el cuidado del alma y el del cuerpo⁷. Aquel joven nacido en Mulhouse presentó, con apenas 19 años, el 22 de junio de 1688 una tesis preliminar de doctorado titulada *Dissertatio medica de nostalgia oder Heimweh* en la Facultad de Medicina de la Universidad de Basilea⁸. La cubierta de aquel trabajo fue primer lugar de la historia en la que se estampó, negro sobre blanco, el nombre de la pasión que nos ocupa. Más allá de lo destacado de la fecha por su coincidencia con la *Glorious Revolution*

en Inglaterra (la relación entre la nostalgia y la Revolución se hará patente un siglo después también en Francia⁹) aquella disertación tomó por objeto de estudio una enfermedad que, aunque todavía no existía¹⁰, pudo nombrarse por analogía con el término *Heimweh*, empleado entre los soldados helvéticos destacados en Gaul. Otras variantes como las elocuentes expresiones de *Homesickness*, en inglés, o *mal du pays*, en francés¹¹, fueron los nombres con los que los galenos de aquel tiempo intentaron denominar la añoranza específica que solían sufrir los soldados destacados en tierra extranjera¹². El nombre de aquella enfermedad (*morbus*), tan próxima a la melancolía (el propio Hofer hablaría de su mezcla con “delirios melancólicos”¹³) hubo de hacer fortuna aun cuando estuvo a punto de desaparecer, como tantos otros títulos y nombres, de los manuales de higiene y medicina¹⁴.

Theodor Zwinger, quien fuera maestro de Hofer, publicó en 1710 una antología con una selección corregida de tesis leídas en su facultad. Aquella edición, poco neutral y plagada de intervenciones, se publicó bajo el título *Fasciculus dissertationum medicarum selectiorum* y enmendaba el título que con el que Hofer había encabezado la disertación original aun cuando consignaba fielmente el nombre del autor original¹⁵. Así, allí donde originalmente se había leído *nostalgia* –o más exactamente, en griego y con letras capitales, ΝΟΣΤΑΛΓΙΑ– se imprimió, previsiblemente por imposición Zwinger, el término *pothopatridalgia*¹⁶. Esta enmienda podría haber arrojado al olvido aquella la palabra recién nacida pero el azar quiso que en una nueva edición de 1745, esta vez bajo el auspicio de su otro

mentor, Jean Jacques Harder, recuperara el término nostalgia devolviéndolo al título. Años después, en 1757, la nostalgia quedaría refrendada en otra edición promovida por Albert Haller¹⁷. Desde entonces hasta hoy, el término no ha dejado de ganar relevancia.

En aquellas décadas fue habitual reconocer una tentativa generalizada por nominar aquella nueva afección. Además de “nostalgia” o “pothopatridalgia” también se ensayaron otros nombres tales como “philopatridomanía”, “nostomanía”, “no-trassia”... que el destino quiso relegar al olvido¹⁸. Aquellas formas operaron como intentos por nombrar describir una enfermedad que poco a poco fue acomodándose al definitivo rubro de “nostalgia” y que, paradójicamente, a pesar de debutar como una dolencia específicamente circunscrita a una parte de la población (los soldados), a una franja demográfica (jóvenes varones) y a una nacionalidad concreta, los suizos, comenzó a proliferar hasta convertirse en la enfermedad de toda una época¹⁹.

El contexto médico y científico de la Basilea del s. XVII, junto con la circunstancias biográficas del propio Johannes Hofer, imprimieron a la nostalgia una clara condición dual o, si se prefiere, transicional entre dos formas de comprender la ciencia, la salud y el cuerpo. Además del enfrentamiento clínico y epistemológico entre el paradigma médico y el quirúrgico –que todavía hoy inspira debates nada pacíficos– el marco social, político y científico de apertura en el que se fraguó la constitución de la nueva dolencia incorporó con perfecta naturalidad los hallazgos recientes en torno a la circulación

de la sangre (irrevocablemente probada en 1628 por Harvey). Paradójicamente, los presupuestos científicos que inspiraron la obra de Hofer, y que dominaban los estudios de medicina en Basilea, no terminaban de decantarse respecto de la visión holístico tradicional del cuerpo humano y el esquema dualista que acabaría por establecer la cosmovisión cartesiana. Entre ambos mundos, la nostalgia se abrió paso como una singular dolencia intersticial tal y como se describe en la *Encyclopédie méthodique* que, atenta a su descripción original, seguía insistiendo en que dos son las causas de la afección nostálgica: de una parte el vicio corporal, de otra, el error del alma²⁰. Esa psicologización (recordemos que en la redacción original de Hofer se emplean indistintamente *mens* y *anima* para ubicar el arraigo de la nostalgia) fue determinante para habilitar algunas consideraciones éticas que aspiraron a plantear la eventual valencia, positiva o negativa en términos morales, de la afección nostálgica²¹. Muchos siglos antes, precisamente al hilo de la caracterización de la melancolía, habría de hacerse célebre la relación aristotélica entre la nostalgia y el hombre de genio²².

A partir de la Revolución Francesa, y posteriormente con las empresas militares napoleónicas, la nostalgia comenzó a ganar un enorme protagonismo en el contexto militar haciendo de Rusia y España, por cierto, dos escenarios especialmente nostálgicos para el ejército francés. Al tiempo que la profesión de soldado se invistió de dignidad –con la provisión de uniforme y panoplia específica– la carga valorativa de la nostalgia dejó de interpretarse como una fragilidad viciada para

llegar a acusar una cierta honorabilidad. Del mismo modo, la prevalencia creciente de aquella dolencia corrió pareja con su estudio en el ámbito académico desde que en el 18 de junio de 1803 Denis Guerbois defendiera su *Essai de la nostalgie* en L'École de Médecine de Paris²³. Si bien en aquel primer estudio Guerbois describía cómo los jóvenes soldados optaban por disimular o esconder aquella tristeza (como si aquella añoranza de la casa del padre fuera objeto de vergüenza), en fechas muy próximas comenzaría a refrendarse una cierta dignidad en aquel sentimiento. Así, en aquella misma sede el 29 de agosto de 1806 Castelnau describió la nostalgia como una enfermedad propia de hombres sensibles y honestos legitimando, por largo tiempo, el estudio de esta noble tristeza²⁴. Aquella consideración, pese a todo, no se asentó de forma unívoca como prueba el hecho de que, algunas décadas después alguien tan influyente como Etienne Esquirol siguiera insistiendo, pese a todo, en el carácter rural y poco sofisticado del hombre nostálgico²⁵.

3. Definiciones

Nunca fue fácil definir la nostalgia, ni siquiera en su origen. La primera definición que se dio de la nostalgia advertía ya aquella dificultad y J. Hofer optó por describirla como el síntoma inconcreto de un daño de la imaginación²⁶. De cuantas definiciones se hayan brindado desde entonces puede que ninguna sea más bella que la que avanzó Franz Xaver Schwediauer en 1812, a comienzos de la edad dorada de esta enfermedad, en la que la nostalgia se describía como una *insania*

tristis. Esta demencia o locura, convertía a la tristeza en su signo distintivo subrayando, asimismo, el carácter insano de su condición y planteando, tal vez, que sí podrían existir formas lúcidas o saludables de la tristeza²⁷. La condición delirante o fictiva de aquella forma patológica del recuerdo quedó también refrendada en la descripción que de la nostalgia haría Philippe Pinel quien seguiría insistiendo en su proximidad con la melancolía para después advertir que se trata de una “una especie de ilusión o encanto que nos hace creer que se ha gozado de una felicidad suprema”²⁸. Durante más de un siglo casi todas las definiciones insistían en la proximidad o equivalencia de la nostalgia con el *mal du pays* (así leímos como dicho título se asumía como la nomenclatura vulgar o, incluso, antigua²⁹), llegando a establecer, como hiciera Guerbois, una proporcionalidad directa entre la aflicción y la distancia del lugar amado y perdido³⁰.

El asentamiento definicional de la nostalgia fue truncado, errático y a veces inconstante. Rasgo de sensibilidad o síntoma de terquedad, se predicó en exclusiva de jóvenes soldados al tiempo que se le imputaba cierta universalidad. Uno de los rasgos más llamativamente constante y transversal fue, sin embargo, su condición mortal. Así lo prueba, por ejemplo, el acta de defunción de Jean Pierre Cange, un soldado cuya muerte se imputó precisamente a la afección nostálgica en el año 1813³¹. Ese riesgo letal se suscribió casi desde su origen hasta finales del siglo XIX no sólo en el contexto francés sino, como se lee incluso en el *Manual de la Marina Española*, la nostalgia se dibujó como una “enfermedad devoradora” capaz de pro-

vocar la muerte³². Parece evidente que aquellas consideraciones relativas a una enfermedad todavía inconcreta pero de gran peligrosidad, difícilmente podrían asimilarse al uso que hoy hacemos del nombre nostalgia ya que ni siquiera remotamente podríamos asumir hoy la condición patológica de cualquier forma de nostalgia. A fin de cuentas, y este dato podría bastar para suscribir una cierta imponderabilidad entre experiencias, el dolor de los soldados por una patria ausente se antoja difícilmente asimilable a nuestra experiencia ordinaria y no por ello dejamos de decirnos nostálgicos.

Si aquella nostalgia se hace todavía reconocible es en virtud de la elongación semántica del término original. La dolencia que comenzó por remitirse al país de la infancia poco a poco fue cobrando un sentido metafórico hasta reputarse, era cuestión de tiempo, en sentido figurado y abstracto, como el dolor que nos genera el recuerdo de aquellos días felices que, habiendo sido, dejaron de ser. La confusión entre la coordenada espacial y la circunstancia biográfica fue detectada por el propio Kant en su *Antropología*: no queremos volver al lugar de nuestra infancia, queremos volver a ser quienes éramos en aquel recuerdo que ubicamos en un contexto espacial concreto. Tiempo después autores como Gil de Biedma o como Kundera vendrían a decir que la vida, y no sólo la alegría, se dice siempre de forma diferida³³.

Fue a lo largo del siglo XIX cuando comenzamos a reconocer formas figuradas en las que la nostalgia parece cumplir el designio invertido que tanto tiempo después realizara Susan Sontag al naturalizar críticamente la enfermedad y sus metáfo-

ras³⁴. Así, el contexto literario comenzó a abrir un espacio a la nostalgia en la que esta se tipifica no ya como una patología concreta sino como el duelo inespecífico de una pérdida. Un caso paradigmático lo encontramos en Honoré de Balzac quien no sólo en su obra literaria, sino también en su correspondencia, mostró una cierta querencia por la referencia a la nostalgia³⁵. Pero también en castellano las referencias a una nostalgia abstracta, indefinida y casi trascendente fueron sincopándose cada vez con más frecuencia. Rosalía de Castro asume, quizá por su condición de hablante no nativa, una descripción de la nostalgia enormemente amplia e inclusiva³⁶. Otros autores como Ramón de Campoamor, José María de Pereda o Rubén Darío, apuntalarían ese uso inconcreto, infinito y hasta teológico de la “nostalgia absoluta”. Expresiones tales como “nostalgia celeste” o “nostalgia del infinito” pasarían a cobrar perfecta inteligibilidad literaria, tanto en francés como en castellano³⁷. Algún tiempo después, en 1913, aquel *páthos* luctoso por la nostalgia infinita, se haría cuerpo y materia definitivamente en la célebre pintura de G. de Chirico³⁸.

4. La memoria, la verdad y la ficción

La turbación humana, la misma confusa desorientación de los hombres, es reconocible tanto en el extravío de Ulises o en la *diritta via smarrita* de Dante³⁹. El gesto quizá no sea más que la añoranza que anhela recobrar una ausencia fundacional que nos sirva de orientación para un presente que es, forzosamente, inhabitable. Acaso, no se trate de otra cosa que del

punto fijo del que habló Mircea Eliade para recrear el compás del tiempo que exigen los relatos religiosos⁴⁰. ¿Qué forma adquiere, entonces, aquel trauma, aquella experiencia sida, aquel ritmo original desde el que los hombres intentan sincopar el latido de su existencia presente? El tópico bíblico nos hablará de un Paraíso Perdido, de un lugar, quizá de otra Jerusalén que se nos haga inolvidable en un recuerdo que quiere ser también profético pero, ¿en qué forma recordar lo que nunca existió?

He aquí la clave y la prueba de que, probablemente, la distinción entre lo verdadero y lo falso nunca podrá asistirnos a la hora de dilucidar la experiencia nostálgica, al menos, en su forma superlativa. Este hecho habría de situar a la nostalgia, como a tantas pasiones, en un singular estatuto epistémico. ¿Existen, así, formas “verdaderas” o “falaces” de nostalgia? ¿La morbilidad o patología de la afección nostálgica dependen de la fidelidad (siempre precaria) con la que intente recrear el pasado que se evoca? ¿Podríamos hablar de una nostalgia lúcida y de otra delirante? A este respecto merecería la pena concretar que, las más de las veces, la nostalgia se expresa y se vive no ya con respecto a un pasado sino en relación a un tiempo pretérito que nunca fue presente. De ahí su potencia y de ahí la insistencia con la que tantas veces la memoria se afana en perpetuarse hasta hacernos olvidar incluso la posibilidad y las formas con las que podríamos operar el olvido mismo. Recuerden el diálogo de Romeo y Benvolio en la que el Montesco reclama ser instruido en el arte del olvido⁴¹. Pensemos, incluso, en aquellas palabras de Nietzsche en las que

se nos advertía no sólo de la conveniencia del olvido sino de su más estricta necesidad: “es posible vivir casi sin recuerdos, e incluso vivir feliz (...) pero es imposible vivir sin olvidar”⁴². A tal efecto, pocos libros podrán resultar tan inspirados ya desde el título como *Lethe. Kunst und Kritik des Vergessens* de Harald Weinrich⁴³. Puede que, en parte, el carácter indeleble de algunos recuerdos se deban no ya a la vehemencia e intensidad con la que algún día fueron grabados o impresos con la precisión con la que un tal D. Hume –y aun antes Aristóteles en *De memoria*– quiso describir la impresión de sensaciones. De nuevo, en esto los antiguos nos ganaron y supieron que nada se recuerda mejor que una mentira y por ello adelantaron leyes y patrones morales en una forma tecnificada y bella de enunciar mentiras. Aquellas mentiras se denominaron $\mu\theta\omicron\iota$ y se aliaron con la métrica y el ritmo para perpetuarse –son las musas hijas de Mnemósine– hasta nuestros días.

Tal vez por ello, al hablar del objeto de la nostalgia o, si se quiere, al interrogarnos por aquello que se añora en el recuerdo que opera en toda forma de nostalgia merecería la pena apelar a la existencia de un contenido ya-nunca-sido, intentando condensar una intuición silente que prendió en el ánimo de hombres y mujeres de tiempos muy distintos. Lo señaló hace demasiados siglos el viejo Aristóteles: es evidente que la memoria y la imaginación se dan en la misma parte del alma⁴⁴. ¿Cómo recordar –entonces– y aun extrañar aquello que nunca ha existido? ¿Cómo apropiarnos del pasado imposible que nunca existió si, como dice el proverbio ruso “es más difícil predecir el pasado que el fu-

turo”? De nuevo aquí la palabra nostalgia parece orientarnos desde su extraño contexto de gestación para reffrendar lo que también desde antiguo siempre se sospechó. Desde la *anámnēsis* platónica hasta la psicología cognitiva contemporánea, pasando por las viejas estrategias del *ars memorativa* que triunfaron en el mundo antiguo, las reflexiones en torno a la intencionalidad de la memoria y sus formas harían imposible, ni tan siquiera, esbozar algunas alternativas. Lo relevante, sin embargo, pasaría en nuestro caso por describir al menos una cualidad diferencial que nos permita diagnosticar un rasgo común a todas las experiencias que pudieron y pueden decirse nostálgicas.

La nostalgia nunca fue otra cosa que una suerte de utopía, un recuerdo ficticio –valga la redundancia– por retener un lugar que nunca existió. Lo *u*-tópico, tan próximo lo *a*-tópico, nos revela siempre la ficción de un sentido pretérito que aspira a imponerse sobre el absurdo presente y es que la memoria siempre fue deudora y vicaria de la intuición de lugares. Es probable que nunca se haya dado un esfuerzo más decidido, más inspirado y más creativo por vincular la memoria y los lugares que el que exhibió en el siglo XVI el Teatro de la Memoria de Giulio Camillo⁴⁵. Aquella estructura, cuya contemplación originalmente estaría reservada para el Rey de Francia, aspiraba a recrear la imponente mnemotécnica de toda la conciencia universal ordenando, en torno a los siete pilares de la Casa de Salomón, una colección de imágenes, que son lugares, capaz de servirse al privilegiado espectador como recurso para discurrir con acierto sobre todo lo existente. El orden

entre la memoria y los lugares es, pese a todo, mucho más antiguo. Así se recreaba ya en el que fuera el texto más relevante de la tradición latina consagrado al *ars memorativa*, una técnica que en su constitución ya distinguía la posibilidad de ejercer un buen o un mal recuerdo. Así, por ejemplo, Aristóteles, padre de la memoria tópica advertiría que forma más humana de recordar (i.e., la anámnêsis) parte siempre de los lugares⁴⁶. También se lee en el *Ad Herennium*, el tratado mnemotécnico que fue durante siglos atribuido impropriadamente a Cicerón: “*constat igitur artificiosa memoria locis et imaginibus*”, lo que enmendando mínimamente a Salvador Núñez podría traducirse del siguiente tenor: “La memoria artificial está formada por lugares [*loci*] e imágenes [*imagines*]”⁴⁷. La cita, recogida a su vez por nuestro Antonio de Nebrija, bien podría ponerse en continuidad con otra vieja sentencia del Estagirita, pues el vínculo entre el lugar y la memoria o, si lo prefieren, entre espacio y tiempo, en la deuda que contrae el tiempo con los lugares inmóviles, se consigna esta vez, no podría ser de otra manera, en *Tópicos*: “los lugares (*tópoi*) conservados en la memoria hacen por sí solos recordar inmediatamente las cosas mismas”⁴⁸.

Cabría, pues, interrogarse acerca de la noción de lugar, *locus*, *tópos*, para desvelar el sentido, tan semántico como ficcional, de la experiencia nostálgica. Fictivo, decimos, por cuanto el autor velado de *Ad Herennium* señaló que son los lugares “determinados por la naturaleza o por la mano del hombre”, y semántico, a su vez, en la medida en que las imágenes que evocan los lugares son, literalmente, “for-

mas, símbolos, representaciones [*simulacra*] de aquello que queremos recordar”⁴⁹. *Quam meminisse volumus*... quizá la palabra capital de esta cita no sea otra que *volumus*, “lo que queremos –y no podemos– recordar”, pero se hace imposible no apelar a la noción de simulacro. Así, se matizará después, “los lugares son como tablillas de cera”⁵⁰ evocando la relación entre escritura y memoria que esbozara Platón en aquel diálogo dedicado a todo lo inmortal, el *Fedro*, o preludiando ese otro texto, más contemporáneo, en el que Freud asemejó la memoria a una pizarra mágica en la que se hiende el trauma⁵¹.

5. Conclusión

Es del todo relevante rescatar aquí la evocación freudiana para alentar la hipótesis de que la experiencia nostálgica podría parecerse más a un arte sustractivo que a una técnica aditiva. La nostalgia no arraiga en una palabra capaz de re-presentar, así sea imperfectamente, aquello que signa, por más que el referente se encuentre, como siempre, ausente. Su compromiso con la ausencia es, por ello, todavía más radical. Es el propio significante el que se manifiesta en forma de ausencia. Así, diremos, la experiencia nostálgica no habría de resolverse en palabras sino que es la propia palabra ausente el lugar que evoca o excita el dolor de la memoria. La palabra que ya no existe y que acaso nunca existió, la palabra que se dio para mostrarse, como toda promesa, imposible al fin. Habrá quien apele a la imposibilidad de toda promesa al modo en que lo enunciara, lo anunciara y hasta lo denunciara, Derrida. La promesa pertenece al orden de

la bendición por lo que sólo podrá prometerse un Bien que, sin embargo, será ya siempre imposible. Que ese bien perfecto pueda no existir no hace sino ahondar en la naturaleza paradójica de la nostalgia y nos obliga a responder en un sentido contrario a Platón a una pregunta de la que siempre se nutrió la tradición filosófica: ¿podemos echar de menos aquello que no hemos conocido nunca? Ese es, al fin, el interrogante que acechó a tantos pensadores hasta convertir la nostalgia en el origen mismo del pensamiento.

La idea no es interesada ni intenta extraer rentabilidad filosófica de un concepto yermo. Así lo atestiguan la literalidad de tantos decires de mano de los cuales me gustaría cerrar este texto. Lo recordó, por ejemplo, Heidegger, como lo recordó también Derrida, quien quiso rescatar a Heidegger cuando quizá los dos estaban pensando en Novalis. Podríamos citar lo en alemán, pero entonces, no hablaríamos de *nostalgia*, sino de *Heimweh*, un término distinto que previsiblemente sirvió para signar la misma experiencia. Comenzamos este artículo recordando a Platón, casi protegiéndonos con una cita del sexto libro de su *República*. A ella volvemos: “los filósofos estamos enamorados de las cosas que son y de la verdad”. Les confieso que he visto a hombres perseguir el rastro y la huella de aquella verdad con el mismo celo, y acaso con más fervor en su ánimo que si en efecto, algún día, hace ya mucho tiempo, la hubieran conocido. ¿No será la nostalgia? Parece relevante que Derrida revocase el término alemán, como Hofer, siglos antes, para traducir a Martin Heidegger quien sondeaba el fondo de

otra cita de Novalis en la que, sin embargo, nunca se habló de nostalgia⁵². Pero es Derrida, les digo, quien tradujo y hace suya una traducción que enmendó, tomando el nombre de una patología: “la *nostalgie* comme tonalité fondamentale du philosophe et les questions portant sur le monde, la finitude et l’*eusseulement*”⁵³. Después de todo, y como aquí se han mentado la promesa y la bendición, permítanme que me sirva de las palabras de quien más exactamente lo advirtió, esto es, de quien más bellamente lo dijo. Fue Albert Camus: “la *pensée* d’un homme est avant tout sa *nostalgie*”⁵⁴.

Bibliografía

- Aristóteles. *Tratados de Lógica (Órganon)*. Sobre la Interpretación. Analíticos Primeros. Analíticos Segundos. Gredos, Madrid, 1988.
- *Acerca del alma*. Gredos, Madrid, 1978.
- *Acerca de la generación y la corrupción*. *Tratados breves de historia natural*. Gredos, Madrid, 1987.
- Balzac, H. de. *Oeuvres Complètes*, Vol. V. 1. Michel Lévy frères, París, 1869-70.
- Barcia, R. *Diccionario general etimológico de la lengua castellana*. Vol. 4. Faquineto, Madrid, 1823-1885.
- Bauman, Z. *Retrotopía*. Paidós, Barcelona, 2017.
- Bolzinger, A. *Histoire de la nostalgie*, Campagne première, París, 2006.
- Bolzinger, A. & Bouillault J.-P. “La *nostalgie* dans les thèses de médecine de 1820 à 1830”. *L’Évolution Psychiatrique* 55, 1990.
- Boym, Svetlana. *El Futuro de la nostalgia*. Machado libros, Madrid, 2015.

- Camillo, G. La idea del teatro. Siruela, Madrid, 2006.
- Camus, A. *Le Mythe de Sisyphe*. Gallimard, París, 1964.
- Castelar, E. *Recuerdos de Italia*. Madrid Oficinas de la Ilustración Española y Americana, Madrid, 1872-76.
- Castro, R. *El primer loco: cuento extraño*. Moya y Plaza, Madrid, 1881.
- Cicerón, M. T. (atr.). *Retórica a Herenio*. Gredos, Madrid, 1997.
- Derrida, J. *L'animal que donc je suis*, IV. Gallilée, París, 2006.
- J. *Séminaire La bête et le souverain. Volume II (2002-2003)*, Gallimard: París, 2008.
- Dodman, Thomas. *What Nostalgia Was. War, Empire, and the Time of a Deadly Emotion*. Chicago University Press, Chicago, 2018.
- Duke, E.A. et Al (Ed.). *Platonis Opera. Tomus I*. Clarendon Press, Oxford, 1995.
- Eliade, M. *Le Sacré et le Profane*. Gallimard, París, 1965.
- Ferrer de Couto, J. & March y Labores, J. *Manual de la Marina española*. Imp. de José María Ducazcal, Madrid, 1849 - 1854.
- Garelli, J. “La nostalgie et l'oeuvre d'art”, a *Epokhé*, N° 2, “Affectivité et pensée”, 1991.
- Garrocho Salcedo, D.S. *Sobre la nostalgia. Damnatio memoriae*. Alianza Editorial, Madrid, 2019.
- Gómez Ochoa, F. y Macías Fernández, D. (Eds.). *El combatiente a lo largo de la historia: imaginario, percepción y representación*, Editorial de la Universidad de Cantabria, Santander, 2012.
- Grassi, L. et Clelia De Vita, C., « Nostalgia between mourning and melancholia », *L'Autre*, vol. 17, no. 3, 2016.
- Guerbois, D. *Essai sur la nostalgie. Appelée vulgairement mal du pays*. Valade, París, 1803.
- Heidegger, M. *Die Grundbegriffe der Metaphysik. Welt - Endlichkeit - Einsamkeit*, Vittorio Klostermann, Frankfurt am Main, 1983.
- Hofer, J. *Dissertatio medica de nostalgia oder Heimweh*. Jacobi Bertschii, Basilea, 1688. (trad. Anspach, C.K). en “Medical Dissertation on Nostalgia by Johannes Hofer”. *Bulletin of the Institute of History of Medicine*, 2, 1934.
- Kundera, M. *La vida está en otra parte*. Seix Barral, Barcelona, 2001.
- Laborde, J.-B. de. *Tableaux topographiques, pittoresques physiques, moraux, politiques, littéraires de la Suisse*. Lamy Clousier imp., París, 1780-86.
- Loroux, N. *La cité divisée. L'oublie dans la mémoire d'Athènes*. Éditions Payot & Rivages, París, 1997.
- Martin, C. & Zaccañ-Reyners (Coord.). *Souffrance et douleur. Autour de Paul Ricœur*. P.U.F., París, 2013.
- Minio-Paluello, L. *Aristotle Categoriae et Liber de Interpretatione*. Clarendon Press, Oxford, 1963.
- Moscoso, J. *Promesas incumplidas. Una historia política de las pasiones*. Taurus, Madrid, 2017.
- Moreau, P.-F. y Burdin, J. *Essai sur la gangrène humide des hôpitaux, d'après l'état actuel des connoissances chimiques et physiologiques*, Régent et Bernard, París, 1796.
- Nebrija (de), E. A. *Rhetorica*. Universidad de Salamanca, Salamanca, 2006.
- Nietzsche, F. *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida (II Intempestiva)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1999.
- O'Gorman, F. *Forgetfulness. Making the Modern Culture of Amnesia*. Bloomsbury Academic, Nueva York, 2017.

- Platón. *Eutifrón en Diálogos I*. Gredos, Madrid, 1981.
- *República en Diálogos IV*. Gredos, Madrid, 1988.
- Ricoeur, P., “La souffrance n’est pas la douleur”. *Revue Autrement / Mutations*, nº142, 1994.
- Rosen, G. “Nostalgia: A ‘forgotten’ psychological disorder”. *Psychological Medicine*, 5(4), 1975, pp. 340-354. Doi: 10.1017/S003329170005697X.
- Sarcey, F. *Le siège de Paris: impressions et souvenirs*. París, Marpon et Flammarion, 1871.
- Sauvages de Lacroix (de), F. B. *Nosologie méthodique, dans la quelle les maladies sont rangées par classes, suivant le système de Sydenham & l’ordre des botanistes*, Vol. II. Chez Hérisant le Fils, París, 1771.
- Vicq-d’Azyr, F. (éd.). *Encyclopédie méthodique, médecine, par une société de médecins*, (vol. 3, Pancoucke, París, 1790).
- Zwinger, T. *Fasciculus dissertationum medicarum selectiorum*. Ludovici Koenig, Basilea, 1710.
- Freud, S. *Obras completas. Vol. XIX (1923-25). El yo y el ello y otras obras*. Amorroutu, Buenos Aires, 1975.
- Helmut Illbruck, H. *Nostalgia: Origins and Ends of an Unenlightened Disease* (Evans-ton: Northwestern University Press, 2012), pp. 38, 29.
- Weinrich, H. *Leteo. Arte y crítica del olvido*. Si-ruela, Madrid, 1999.

NOTAS

¹ Cayetano, T. “Thomas de Vio Cardinalis Cajetanus Super Librum De ente et essentia”, en *Opuscula Omnia*. Typis Comini Venturae, Bérghamo, 1590, p. 290.

² R. VI, 501d: πότερον μὴ τοῦ ὄντος τε καὶ ἀληθείας ἐραστὰς εἶναι τοὺς φιλοσόφους. Por Slings, S.R. *Platonis Republicam*. Clarendon Press, Oxford, 2003.

³ *Od. I*, 1-3.

⁴ *Il. V*, 394.

⁵ *Vid. Int. I*, 2, 16a 30-16b. Cita por Minio-Paluello, L. *Aristotle Categoriae et Liber de Interpretatione*. Clarendon Press, Oxford, 1963.

⁶ Sal. 137, 5.

⁷ *La. 185e. Cfr. Euthphr 13a*.

⁸ Editada en Basilea, Jacobi Bertschii, 1688. Existe traducción en inglés de Carolyn Kiser Anspach para el *Bulletin of the Institute of History of Medicine*, 2, 1934, pp. 376-391.

⁹ Así leemos, por ejemplo, que “ninguna época a sido más fecunda en ejemplos de nostalgia que la Revolución francesa y las guerras que ha alumbrado” en la voz “nostalgie” del *Dictionnaire des sciences médicales*, Panc-

koucke, París, 1819, vol. 36. Firman el artículo los cirujanos Percy y Laurent. Cit. en Bolzinger, André. *Histoire de la nostalgie*. Campagne Première, París, 2002, p. 63.

¹⁰ O para la que, al menos, no existía nombre: “Caruit autem hucusque peculiari nomine in Medicina...”. *Loc. cit.* II.

¹¹ En castellano un equivalente próximo sería el “mal del corazón”, una enfermedad semejante a la nostalgia acechó a la soldadesca de los tercios de Flandes hacia el final de la Guerra de los Treinta Años. *Vid.* Rosen, G. “Nostalgia: A ‘forgotten’ psychological disorder”. *Psychological Medicine*, 5(4), 1975, pp. 340-354. doi:10.1017/S003329170005697X. *Cfr.* Borreguero Beltrán, Cristina, «El coste humano de la guerra: mortandad, enfermedad y deserción», en Gómez Ochoa, Fidel y Macías Fernández, Daniel (Eds.). *El combatiente a lo largo de la historia: imaginario, percepción y representación*, Editorial de la Universidad de Cantabria, Santander, 2012, p. 63. En términos muy próximos llegó a describirse el «mal de tierra»; *vid.* también Barcia, Roque. *Diccionario general etimológico de la lengua castellana*. Faquineto, Madrid, 1823-1885, vol. 4, p. 512.

¹² Es quizá Svetlana Boym quien, con más claridad haya suscrito la relación entre el cuño de la nostalgia como enfermedad al tiempo que los conceptos de espacio y tiempo sufrieron un cambio radical. Cfr. Boym, Svetlana. *El Futuro de la nostalgia*. Machado libros, Madrid, 2015.

¹³ *Ibid.* III.

¹⁴ Para un análisis pormenorizado y contemporáneo de la distinción entre la melancolía y la nostalgia, *vid.* Grassi, Ludovica, et Clelia De Vita. «Nostalgia between mourning and melancholia», *L'Autre*, vol.17, no. 3, 2016, pp. 321-329.

¹⁵ Zwinger, Theodor (Ed.). *Fasciculus dissertationum medicarum selectiorum*. J. Ludovici Koenig., Basilea, 1710, pp. 87-111. De los añadidos de Zwinger, es sin duda, su mención a la “cantinella helvetica” la que terminaría por hacerse más célebre. En su versión del texto, Zwinger destaca la prohibición de hacer sonar los tonos “Kühe-Reyen” (“Ranz des vaches”) dado que aquella melodía generaba en los soldados una violenta e irremediable añoranza de la patria. El suceso que acabaría siendo retomado por el propio Jean Jacques Rousseau en su *Dictionnaire de la musique*.

¹⁶ Basilea, Ludovici Koenig., 1710, pp. 87-111.

¹⁷ Los accidentes y avatares que sufrió la palabra son verdaderamente fascinantes. Enmendando la que hasta la fecha había sido la genealogía canónica (i.e., la suscrita por A. Bolzinger) Thomas Dodman (*What was nostalgia was. War, Empire, and the Time of a deadly Emotion*. Chicago University Press, Chicago, 2018) propone una sucesión de ediciones que, a todas luces, parece definitiva. Tras la original de 1688 las ediciones del texto de Hofer fueron las: “Dissertatio Medica tertia de Pothopatridalgia, vom Heim-Wehe”, en *Fasciculus dissertationum medicarum selectiorum*, Ed. Zwinger, T (Basilea, J. Ludovici Koenig., 1710); *Dissertatio Medica de nostalgia, oder Heimweh* (Jacobi Bertschii, Basilea, 1678 [sic]); *Dissertatio curoiso-medica de nostalgia, vulgo: Heimweh oder Heimsehnsucht* (Jacobi Pertschii, Basilea, 1745); y “Dissertatio de

Nostalgia” en *Disputationes ad morborum historiam et curationem facientes*, vol. 1, ed. Albrecht von Haller (M. M. Bosquet, Lausana, 1757). Cfr. *What was nostalgia?* The University of Chicago Press, Chicago, 2018, p. 210.

¹⁸ Esta sinonimia queda refrendada por la asimilación que de los términos se realizó ya en aquel tiempo. Así, por ejemplo, ya la *Encyclopédie méthodique* establece la equivalencia semántica entre “nostalgie” y “philopatridomania”, “pathopatrialgia”, “nostrassia”, “nostomanía”. Entrada firmada por Jacques-Louis Moreau. *Vid.* Pankoucke, Charles Joseph (Ed.). *Encyclopédie méthodique*, tomo X, Mme. veuve Agasse, París, p. 662. Cfr. de Sauvages de Lacroix, F. B. *Nosologie méthodique: dans laquelle les maladies sont rangées par classes, suivant le système de Sydenham, et l'ordre des botanistes*, Vol. II, pág. 684, París, Chez Hérisant le Fils, 1771.

¹⁹ Así, Z. Bauman llegará a hablar de nuestro tiempo como la era de la nostalgia. Así titula la introducción de su póstulo *Retrotopia*. Paidós, Barcelona, 2017.

²⁰ *Loc cit. supra*.

²¹ Mucho tiempo después será en Cyrano de Bergerac donde encontremos el refrendo definitivo de esa dimensión moralizante de la nostalgia: “De nostalgie!... Un mal plus noble que la faim !... pas physique: moral ! J’aime que leur souffrance ait changé de viscère, Et que ce soit leur cœur, maintenant, qui se serre!”, Rostand, Edmond, *Cyrano de Bergerac*, III, 4.

²² Es tanta la bibliografía secundaria que inspiró la célebre sentencia del pseudoaristotélico Problema XXX que en este artículo optaremos por restringirnos a esta breve mención.

²³ El título de aquella tesis mantenía, aún, la referencia a la antigua nomenclatura: *Essai sur la nostalgie. Appelée vulgairement mal du pays*, Valade, París, 1803. Además del compendio completo que recoge el texto de Bolzinger, con todas las tesis leídas sobre la nostalgia hasta el año 1988 entre las escuelas de París, Montpellier, Estrasburgo y Lyon (Cfr. Bolzinger, A. *Op. cit.*, pp. 277-282), encontramos un excelente sumario de en Taithe, Bertrand. *Killer Trail: A Colonial Scandal in the*

Heart of Africa. Oxford, Oxford University Press, 2009. Destacan: E. A. Gaillard, *Considérations sur la nostalgie* (1804); P. M. Lourde Seilliès, *Considérations générales sur la nostalgie* (Montpellier, 1804); C. Castelnau, *Considérations sur la nostalgie* (Paris, 1806); Lachard, *Dissertation sur la Nostalgie* (Paris, 1808); A. F. A. Thenin, *Essai sur la nostalgie* (Paris, 1810); I. N. C. A. Florence, *Dissertation sur la nostalgie* (Montpellier, 1814), F. Boudet, *Dissertation médicale sur la nostalgie* (Montpellier, 1814); J. L. A. Pauquet, *Dissertation sur la nostalgie* (Paris, 1815); L. Ducrost de Longerie, *Dissertation sur la nostalgie* (Paris, 1815); M. Reynal, *Dissertation sur la nostalgie* (Paris, 1819); J. Huysp Buisson, *Considérations sur la nostalgie* (1818); Rémi Victor Allard, *Dissertation sur la nostalgie* (Didot Jeune, 1820); J. J. A. Martin, *Dissertation sur la nostalgie* (1820); J. P. Mezin Durantin, *Essai sur la nostalgie* (Montpellier, 1820); J. B. Bureau-Rabinière, *Dissertation sur la nostalgie* (Strasbourg, 1823); Joseph Vincent Huet Bienville, *Dissertation sur la nostalgie* (Paris, 1821); François Jacquier, *Dissertation sur la nostalgie* (Paris, 1821); Jules Yvonneau, *Considérations médico-philosophiques sur la nostalgie* (Paris, 1821); J. A. Edmond Puel, *De la Nostalgie* (Paris, 1822); Joseph Casimir Blain, *Essai sur la nostalgie* (Montpellier, 1825); J. B. H. Masson, *De la Nostalgie considérée comme cause de plusieurs maladies* (Paris, 1825); V. M. Besse, *De la Nostalgie* (Paris, 1828); J. J. L. A. Jalabert, *Essai sur la nostalgie* (Montpellier, 1827); Pierre Moreaud, *Considérations sur la nostalgie* (Paris, 1829); J. H. M. Duret, *Essai sur la nostalgie* (Paris, 1830); Louis Jean Barnetche, *Essai sur la nostalgie* (Montpellier, 1831); Jose Feliciano de Catilho Beneto, *Dissertation sur la nostalgie* (Paris, 1831); G. L. V. Pillement, *Essai sur la nostalgie* (Paris, 1831); Pierre Urbain Briet, *Essai sur la nostalgie* (Paris, 1832); Théophile François Collin, *Considérations sur la nostalgie* (Paris, 1832); Charles Fraisse, *De la Nostalgie* (Didot, 1833); Auguste Lachaume, *Essai sur la nostalgie* (Montpellier 1833); Bertrand Clamel, *Dissertation sur la nostalgie* (Paris, 1836); Eugène Poisson, *Dissertation sur la nostalgie* (Paris,

1836); François Joseph Lacordaire, *Essai sur la nostalgie* (Montpellier, 1837); L. V. Analoni, *De la nostalgie ou de la maladie du pays* (Paris, 1837); Jacques Antoine Ciccarelli, *Coup d'oeil sur les passions en général suivi de quelques propositions sur la nostalgie* (Montpellier, 1837); J. P. L. Paulinier, *Sur la Nostalgie* (Montpellier, 1837); Pierre Camille Bouviet, *De la Nostalgie ou mal du pays* (Montpellier, 1837); Hippolyte Mitre, *Essai sur la nostalgie* (Montpellier, 1840); Alexandre Mutel, *De la Nostalgie* (Montpellier, 1849); Louis Tailhade, *Quelques considérations sur la nostalgie* (Montpellier: Ricard, 1850); J. R. Parron, *Essai sur la nostalgie* (Montpellier, 1851); Claudius Caine, *Essai sur la nostalgie* (Paris, 1852); Oscar Devic, *La Nostalgie ou mal du pays* (Montpellier, 1855); Emmanuel Eugène Blache, *Dissertation sur la nostalgie* (Strasbourg, 1860); Auguste Benoist de la Grandière, *De la Nostalgie ou mal du pays* (Paris, 1873); Charles François Geit, *Quelques considérations sur la nature de la nostalgie, ses causes et son traitement* (Montpellier, 1874).

²⁴ Castelnau, C. *Considérations sur la nostalgie*, Didot Jeune, Paris, 1806. Consideraciones sostenidas en L'École de Médecine de Paris, el 29 de agosto de 1806.

²⁵ Esquirol, Etienne. *Des maladies mentales: considérées sous les rapports médical, hygiénique et médico-legal*. J. B. Baillière, Paris, 1838, p. 25. *Cfr.* p. 423.

²⁶ "Nostalgia autem, quantum quidem ego in rei obscuritate percipere possum, est symptoma imaginationis..." *Loc. cit.* III.

²⁷ F. X. Schwediauer, quien estilizó su firma como Schwediaur, fue un médico austríaco nacido de padres suizos en Steyr el 24 de marzo de 1748. A los cinco años quedaría huérfano de madre. Es en 1772 cuando se licencia en Viena en medicina, después de haber recibido una intensa formación humanística. Años más tarde, en 1775, marcha a Londres donde inicia su carrera de médico. En el 1786 publica en la capital inglesa *Philosophical Dictionary, or the Opinions of Modern Philosophers on Metaphysical, Moral and Political Subjects*, una obra de cuatro volúmenes editada por

G.G.J. y J. Robinson. Más de treinta años después la obra se reeditaré, esta vez con nuevo título: *The Philosophical Dictionary, comprising the opinions of all the best writers on moral, political and theological subjects*. Londres, W. Benbow, 1822. En 1789 abandona Londres y marcha a París atraído por el clima de la Revolución. Allí permanecerá, cultivando amistades con personajes ilustres como Danton, hasta morir en 1824. Cfr: *Encyclopédie des Sciences Médicales*. Paris, Bureau de l'Encyclopédie, 1841. G. Carlid, G. Y Nordstrom, J. (Eds.), *Torbern Bergman's foreign correspondence*. Estocolmo, Almqvist & Wiksell, 1965.

²⁸ Pinel, Philippe. *Nosographie philosophique; ou, La méthode de l'analyse appliquée a la médecine*, J.A. Brosson, París, 1818, p. 97. La traducción es nuestra.

²⁹ Así, por ejemplo, Jean-Benjamin de Laborde en *Tableaux topographiques, pittoresques physiques, moraux, politiques, littéraires de la Suisse* (Lamy Clousier imp., París, 1780-86, p. 179) destaca que el *mal du pays* es lo que denominan los médicos modernos "nostalgie". Lo provoca, afirma, el aire fútil de delicado de las tierras extranjeras, y viene dada por la añoranza de la libertad de la patria de origen e incluso, de aquella leche de la que estábamos habituados a nutrirnos.

³⁰ Merce la pena rescatar el decir literal, por su condición casi literaria, de la disertación de Guerbois: "J'appelle Nostalgie proprement dite, cette maladie qui poursuit un être sensible, à mesure qu'il s'éloigne de tout ce qu'il a de plus cher au monde". *Loc. cit.*, p. 12.

³¹ Dodman, Thomas. *Op. cit.* p. 78. Testimonios sobre la mortalidad de la nostalgia son habituales desde finales del s. XVIII hasta mediados del s. XIX. E.g., Moreau, Pierre François y Burdin, Jean. *Essai sur la gangrène humide des hôpitaux, d'après l'état actuel des connoissances chimiques et physiologiques*, Régent et Bernard, París, 1796, p. 29; Cfr. *Le livre du soldat: vertus guerrières*, Berger-Levrault, París, 1891.

³² Cfr. Sarcey, Francisque. *Le siège de Paris: impressions et souvenirs*. París, Marpon et

Flammarion, 1871, pág. 208. El manual al que hacemos referencia es el redactado por Ferrer de Couto, J. & March y Labores, J. en Imp. de José María Ducazcal, Madrid, 1849 - 1854.

³³ En el caso del poeta catalán resultan proverbiales, en lo que aquí nos atañe, los versos con los que cerraba su poema "De Senectute" ("... de la vida me acuerdo pero dónde está"). En el caso del checo, su novela *La vida está en otra parte (Život je jinde)*, de 1969, apunta ya desde el título y de manera explícita el carácter diferido de la existencia humana. Tr. española en Seix Barral, Barcelona, 2001.

³⁴ *Illness as metaphor*. Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 1978.

³⁵ Dodman rescata una misiva a su amante, Eveline Alska, desde Milán, donde expresa el dolor por su añoranza y el refugio exclusivo que le brinda su correspondencia con ella. Dodman, Thomas. *Loc. cit.* p. 124. Algunas referencias específicas a la obra de Honoré de Balzac las recogimos en *Sobre la nostalgia*. Alianza Editorial, Madrid, 2019, p. 106.

³⁶ *El primer loco: cuento extraño*. Moya y Plaza, Madrid, 1881.

³⁷ El recurso se reconoce de expresiones tales como "nostalgie celeste", que es empleado en francés por Ballanche, Pierre-Simon. *Du sentiment considéré dans ses rapports avec la littérature et les arts*. Ballanche et Barret, Lyon, 1801, p.112. Una expresión de la que después tomaría buena nota Guizot, quien la parafrasearía literalmente en su respuesta al discurso de ingreso en la Académie Française de M. Prévost-Paradol en 1866. Cfr. François Guizot, *Discours de M. Guizot, en réponse au discours prononcé par M. Prévost-Paradol, pour sa réception à l'Académie française*. Didier, París, 1866. La casualidad quiso que Ramón de Campoamor se sirviera en castellano de esa misma expresión en su propio discurso de recepción de la Real Academia Española en el año 1862. La expresión la retomaría en *Polémicas*. San Martín y Jubera, Madrid, 1862, p. 318. Emilia Pardo Bazán, *El cisne de Villamorta*, "nostalgia de la luna" (p.14); nostalgia de lo inaccesible (p. 84); la describe como un mal inconcreto, "mal de espíritu, nostalgia, murria,

ahogo producido en sus pulmones de soñador...” (p. 254). *El cisne de Villamorta*, Librería de Fernando Fé, Madrid, 1885. Con perfecta rotundidad hablaría ya de “nostalgia de lo infinito” en el año 1900, en *Cuarenta días en la exposición*. V. Prieto y Cía., Madrid, 1911, p. 250. En el caso de José María de Pereda, en que el acaso sea su libro más célebre llegó a hablar de una “nostalgia de las cosas veneradas que se fueron para nunca más volver” (Sotileza, Fundación M. Tello, Madrid, 1885, p. 28).

³⁸ Emilio Castelar, glosando las virtudes de los versos de Virgilio, advierte en el poeta latino una “nostalgia de lo infinito”. En Castelar, E. *Recuerdos de Italia*. Madrid Oficinas de la Ilustración Española y Americana, Madrid, 1872-76, Vol. 2, p. 94.

³⁹ *Com.*, Inf., I, 3.

⁴⁰ *Vid. Le Sacré et le Profane*. Gallimard col. Idées, París, 1965.

⁴¹ Los dos primos conversan en el primer acto y Benvolio exhorta a Romeo a olvidar a su amada: “Be ruled by me, forget to think of her”; como en toda cuestión práctica en la que el conocimiento de una solución no basta para su ejecución, el joven enamorado ruega a su primo: “O, teach me how I should forget to think”. *Rom.*, I, I, 212.

⁴² *Vom Nutzen und Nachteil der Historie für das Leben* (1874, KSA, I, p. 250), citamos por la trad. castellana de Germán Cano en *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida (II Intempestiva)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1999, p. 43.

⁴³ Una magnífica traducción de Carlos Fortea no sido en castellano *Leteo. Arte y crítica del olvido*. Siruela, Madrid, 1999.

⁴⁴ *De mem.* 25, 19.

⁴⁵ Existe traducción al castellano de *L’idea del teatro* que publicara en 1550 en Camillo, G. *La idea del teatro*. Siruela, Madrid, 2006.

⁴⁶ *De mem.* 452a14: διὸ ἀπὸ τόπων δοκοῦσιν ἀναμνησθεσθαι ἐνίοτε. Alberto Bernabé, en su edición para la Biblioteca Clásica Gredos nos recuerda que también Platón (*Hippias Mayor* 285e) y Jenofonte (*Banquete* IV

62) habían ya adelantado tesis parejas a la defendida por Aristóteles.

⁴⁷ *Ad Herennium* III, 16.29 & 17.1. Cit. por la traducción de Salvador Núñez para Gredos, Madrid, 1997; enmendamos la traducción de *loci*, en la que preferimos traducir el término latino por “lugar” y no por “entorno”. Esta misma definición la encontramos recogida en el compendio de *Retórica* de Antonio de Nebrija. En Ed. Universidad de Salamanca, Salamanca, 2006, vol. 6 pág. 150. Original: *Artis rhetoricae compendiosa coaptatio, ex Aristotele, Cicerone et Quintiliano*

⁴⁸ *Top.* 163b 28-30

⁴⁹ *Ad Her.* III, 16, 29

⁵⁰ *Ibid.*, III.17.1

⁵¹ Freud, S. *Obras completas. Vol. XIX (1923-25). El yo y el ello y otras obras*. Amorrortu, Buenos Aires, 1975, pp. 239-241.

⁵² *Los conceptos fundamentales de la metafísica. Mundo - Finitud - Soledad*. Alianza Editorial, Madrid, 2007. Trad. de Joaquín Alberto Ciria Cosculluela. Título original: *Die Grundbegriffe der Metaphysik. Welt - Endlichkeit - Einsamkeit*, Vittorio Klostermann, Frankfurt am Main, 1983. Edición de F.-W. von Herrmann.

⁵³ *Vid. L’animal que donc je suis*, IV. Gallilée, París, 2006, p. 198. La expresión alemana diría: “Das Heimweh als die Grundstimmung des Philosophierens und die Fragen nach Welt, Endlichkeit, Vereinzelung”. Mientras que algunos, como Jacques Garelli, por ejemplo, traducirían “Heimweh” como “mélancolie” (cfr. “La nostalgie et l’oeuvre d’art”, en la Revista *Epokhé*, 1991, N° 2, “Affectivité et pensée”, pp. 35-61), Jacques Derrida se servirá de la traducción de *Die Grundbegriffe der Metaphysik* de Daniel Panis para la editorial Gallimard, París, 1992 y hará suyo el intercambio, de modo constante, de “nostalgie” por “Heimweh”. Este problema lo retomará en *Séminaire La bête et le souverain. Volume II (2002-2003)*. Gallimard, París, 2008.

⁵⁴ Camus, A. *Le Mythe de Sisyphe*. Gallimard, París, 1964, p. 134.